

EUROPA A LA HORA DE LA CONFERENCIA DE BERLIN

Tomas Mestre Vives

Los términos lingüísticos, las categorías políticas, los niveles económicos, las situaciones sociales, las apreciaciones éticas, cambian de significado con el paso del tiempo y la adquisición de nuevas perspectivas. La permanente reinterpretación de la historia hace que ésta si, por un lado, puede beneficiar su contenido con nuevas aportaciones o reelaboraciones, por otro, afronta el riesgo del descrédito al sugerirse implícitamente que con la historia se pueden hacer juegos malabares al servicio de cualquier conveniencia, frívola innovación o, más pertinentemente, ponerla al servicio de las últimas necesidades ideológicas.

Muchos son los acusadores de situaciones pasadas claramente insostenibles que, sin embargo, ellos mismos las sostienen en la práctica con métodos similares, si no peores, en sus propios ámbitos de proyección de poderío. Como apuntaron unos autores, mediante el uso de la terminología existente «llegamos al convencimiento de que en el momento actual es punto menos que imposible —y, con certeza, innecesariamente difícil— formular descripciones que simultáneamente representen buena historia, ciencia social rigurosa, propaganda efectiva, juicios morales honestos y política internacional viable. Ningún lenguaje de nuestros días está hecho para soportar una tensión de este tipo. Pero la creación de una terminología que pudiese satisfacer todos los requisitos esenciales (excepto quizá el de la propaganda) no sería una realización mucho mayor que la que han logrado otras disciplinas»¹.

En plena oleada descolonizadora, un especialista nos alertó sobre el candente tema del colonialismo: «El significado e implicaciones de la palabra 'colonialismo' y de los términos claramente emparentados, como 'imperio' e 'imperialismo', ha sufrido una transformación pro-

¹ LINEBERGER, Paul M. A., y HAZARD, Harry W.: *Reconsideración del colonialismo*, en STRAUSS-HUPÉ, R., y HAZARD, H. W.: *La idea del colonialismo*, Madrid, 1964, pág. 32.

funda en décadas recientes». Señalaba que las dos últimas palabras, a finales del siglo XIX, se utilizaban, por lo general, en sentido más laudatorio que peyorativo. «El Imperio romano había sido el modelo de pensamiento político occidental durante más de dos mil años». A fines del siglo XVIII, los americanos hablaban con orgullo y esperanza del «Imperio». Los revolucionarios franceses proclamaron la expansión «imperial» de su caudillaje. La civilización occidental moderna era considerada superior a otras comparativamente estancadas, y se suponía que el llevar una civilización superior a países menos desarrollados era una empresa digna de mérito, aunque en ello la codicia y la corrupción estuvieran mezcladas. Y como no toda relación imperial es colonial, cabe una amplia serie de posibilidades combinativas².

Ha habido que esperar a nuestros días para que la práctica totalidad de las viejas potencias coloniales se maravillaran descubriendo lo bien que se vive sin colonias; ni más ni menos que otros países descubren a diario que no todo se resuelve dejando de ser colonias.

Colonialismo y anticolonialismo son dos palabras bien recientes, aunque su tesis sea antigua. No se trataría sino de «un viejo plato acomodado al gusto del día», comenta agudamente y no sin guasa un estudioso, quien agrega: «El hecho colonial, que el siglo XIX exaltaba como un factor de civilización y progreso, aparece de pronto como una horrible exacción: se descubren intolerables relaciones de dependencia; la explotación de un pueblo por otro sin consentimiento del oprimido; incluso, a veces, la transformación de una economía naturalmente atrasada en una economía deliberadamente retardada. Y la pujanza del movimiento anticolonialista es tal, que las propias naciones coloniales acaban por adquirir una *conciencia errónea*, se interrogan sobre su deber, se reconocen culpables y consienten en la 'descolonización'»³.

Ha llamado la atención poderosamente la velocidad con que los Imperios coloniales desaparecieron. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial parecían inquebrantables en su cenit; a partir de la guerra comenzaron a colapsar para esfumarse en su casi totalidad en los años sesenta. Y no deja de ser llamativo que el país colonial más endeble y depauperado conservase por más tiempo su propio Imperio. En efecto, Portugal tenía la voluntad de conservarlo, pero no los medios adecuados; las demás potencias generalmente tenían esos medios, pero carecieron de la voluntad de emplearlos a fondo. El cambio de mentalidad de los pueblos colonizadores para desprenderse de sus colonias

² KÖHN, Hans: *Reflexiones sobre el colonialismo*, en STRAUZ-HUPÉ y HAZARD: *Ob. cit.*, págs. 11 y 12.

³ SÉDILLOT, René: *Historia de las colonizaciones*, Barcelona, 1961, pág. 414.

corre pareja con la aureola de entusiasmo con que hace menos de un siglo se habían lanzado a su conquista.

Y es que «la civilización europea, con sus ideas de competencia, energía, eficiencia práctica, explotación, patriotismo, poder y nacionalismo, descendieron sobre Asia y Africa. Pero con ello también llevaban, involuntariamente tal vez, otro conjunto de ideas que habían heredado de la Revolución francesa y sus precursores del siglo XVIII. Estas fueron las ideas de democracia, libertad, fraternidad, igualdad, humanitarismo. Ellas tuvieron un profundo efecto sobre la última historia del imperialismo, porque condujeron a la revuelta de los pueblos sujetos contra él»⁴. Con estas palabras, un pensador político inglés resumía hace más de medio siglo, primeras causas y consecuencias últimas del imperialismo que nos concierne aquí. Porque del fenómeno descolonizador de la postguerra mundial hay que tener presente el factor soviético y comunista impulsando por doquier los movimientos liberadores, que en buena parte son también la historia de la guerra fría.

* * *

Preguntarse por el estado de Europa en el momento de la Conferencia de Berlín (noviembre 1884-febrero 1885) es como pretender sacar una foto instantánea en un escenario rápidamente cambiante. En todo caso, dicha conferencia, que daría lugar al establecimiento de normas conducentes a lo que se llamaría «rebatina de Africa» (traducción un tanto afectada de la fórmula inglesa *scramble for Africa*), no alteró ni mucho menos el equilibrio europeo, cualesquiera que fueran tales o cuales intenciones. Si para Africa el momento representa un hito básico y un memorable punto de referencia, para Europa no pasó de ser una codificación de una conducta autoimpuesta para un continente extraeuropeo cuya penetración europea, ya empezada, iba a su aire. En realidad, bien pronto las tensiones que suscitó el reparto fueron a contrapelo de lo que iría ocurriendo en la propia Europa.

En todo caso, los Imperios ruso y austro-húngaro, vitales en los desarrollos del viejo continente, estuvieron del todo ausentes en la penetración en Africa, lo que no obsta para que fueran miembros participantes en la conferencia berlinesa, como para el caso lo fue también Estados Unidos.

Puestos a buscar fechas representativas de la relación de fuerzas en Europa, mejor será remontarse a 1878, culminación de una cruda crisis balcánica que deriva en un virtual ultimátum británico contra la expansiva Rusia, o bien retrasarse hasta mediados de los años 1890,

⁴ WOOLF, Leonard: *Imperialism and Civilisation*, Londres, 1929, págs. 34 y 35.

cuando cuaja la alianza franco-rusa y ya es un hecho la hostilidad austro-rusa, con un Bismarck ya fuera de escena.

La aparente ironía es que Bismarck, que había llevado a cabo la unidad alemana sin reparar en guerras, luego, conseguido su objetivo, se mostraría no sólo cauto, sino también apaciguador, haciendo de su Alemania un factor estatuquista imperturbable, sin más pretensión que la de hacer olvidar a Francia la idea de revancha por la pérdida de Alsacia-Lorena en 1871. La potencia alemana y la moderación de su líder los hacía idóneos como mediadores en más de un problema europeo.

El derrumbamiento francés de 1871 lanzó a Rusia a la revisión del Tratado de París con que pagó su derrota en la guerra de Crimea. Sin anularlo totalmente, conseguirá, cuando menos, la remilitarización del mar Negro, pero lograr la flota adecuada le llevaría años. Una exitosa guerra contra Turquía impulsó a Rusia a exagerar sus demandas con vistas a un indirecto acceso al Mediterráneo, a través de una recreada y recrecida Bulgaria, que accedía al Egeo. Ello daba bases mediterráneas a los rusos sin necesidad de desafiar el control de los estrechos turcos. Dio lugar a aquella intervención británica, obteniendo su política de amenaza la ratificación de sus tesis básicas, como se corroboró en la Conferencia de Berlín de 1878. Si ello recortó el alcance del probúlgaro Tratado de San Stefano, Rusia no retrocedió de su avance en el Cáucaso, mientras Inglaterra quedaba instalada en Chipre como garantía cercana hacia el sultán, pero también sirviendo de plataforma, a guisa de antesala y apoyatura, para el recién adquirido Canal de Suez.

Es admisible fijar para finales de los años setenta algunas de las pautas que surgen y conducen al gran estallido de 1914, siempre y cuando hagamos caso omiso de que las crecientes acciones coloniales no degeneraron en guerra, al menos entre las potencias conocidas. La sorpresa sólo la ofrecieron tardíamente dos recién llegados: Estados Unidos de América y Japón. El primero amortizando la sombra de lo que antaño fuera una gran potencia y el segundo sacudiendo primero a un postrado vecino, pero luego incorporándose al gran escenario del mundo con su victoria sobre Rusia.

La década que nos concierne, la de 1880, «siguió siendo bastante variable, ya que las potencias cooperaban ora con una, ora con otra»⁵. Las rivalidades franco-alemana y anglo-rusa parecían ser las tensiones definitivas, pero mientras aquélla se debía a problemas de fronteras metropolitanas con un desequilibrio de poder muy fuerte en contra de Francia, en el segundo caso la rivalidad era entre dos potencias asimétricas y de naturaleza diferente: Gran Bretaña en el mar, Rusia en

⁵ STONE, Norman: *La Europa transformada, 1878-1919*, Madrid, 1985, pág. 73.

tierra. Carecían de fronteras comunes, pero determinados espacios que los separaban Inglaterra se esforzaba en que no fueran presa del anexionismo ruso. La sistemática proyección del Imperio zarista hacia el Mediterráneo y hacia el Indico tenían siempre alerta al Gobierno de Londres. En los Balcanes, los rusos, como se venía demostrando, podían ser frenados por diversos medios, comenzando por los propios turcos y la creciente hostilidad de los austro-húngaros; pero en dirección al sur del Asia Central, los rusos no tenían ningún tapón consistente que les ofreciese resistencia. Fue esto lo que indujo a avanzar a los ingleses las fronteras de la India en dirección a Afganistán, haciendo todo lo posible para evitar que Rusia se aproximara a la India, la «joya de la Corona», como que accediera al Indico, que venía a ser lo mismo.

La seguridad de la India y sus vías de acceso se convirtieron en la grande y persistente obsesión británica. Lo quería al menor coste posible y para ello debía evitar al máximo las complicaciones. En su momento Londres había boicoteado la construcción del Canal de Suez, ya que si, por un lado, acercaba revolucionariamente la India (por circunscribirla a ella), por otro, sería una vía vital que llegado el momento se vería obligada a defender. El istmo de Suez fue una obra técnica y financiera de los franceses, que ya tenían intereses en Egipto; luego, los ingleses, bajo mano, compraron paquetes de acciones y se hicieron presentes y dominantes en la cuestión de Suez.

A partir de 1882, Inglaterra terminó por intervenir militarmente en Egipto, ante el pasmo y frustración de Francia, la cual, por su parte, ya había declarado protectorado a Túnez el año precedente (ante el pasmo y frustración de Italia y su subsiguiente política). Por esto se ha dicho que el «reparto de Africa», provocado fundamentalmente por la aventura empresarial en el Congo por quien resultaba ser también rey de los belgas, tenía constancias y motivaciones en otras partes, particularmente en Egipto. Pero la política europea en el citado reparto hay que comprenderla como la prolongación de la acción mediterránea más que como algo puramente africano (y así se había entendido más de medio siglo antes, cuando los franceses decidieron desembarcar y quedarse en Argelia). Pero en el caso egipcio se tenía presente el camino de la India, como también la vigilancia, al menos subsidiariamente, hacia los Dardanelos. Todo esto se complicará con el acercamiento franco-ruso frente a Inglaterra por cuestiones extraeuropeas (africanas y asiáticas), pero que terminará por convertirse en una sólida alianza contra Alemania por el equilibrio en Europa, con un período de solapamiento y confusión entre ambas posturas, como evidenciarían las ulteriores crisis de Fashoda y la guerra ruso-japonesa. Lo llamativo de ambas crisis es que de la primera saldría la entente franco-británica,

y de la segunda, la entente anglosajona, supeditando los problemas periféricos coloniales a los centrales de Europa, en un claro despliegue antigermano.

Se ha escrito que de no haber existido Africa, o de no estar la moderna tecnología tan estrechamente relacionada a Europa, se habría intensificado probablemente la lucha en el continente europeo. El miedo y la historia colectiva desempeñan un gran papel en la política internacional y parece que una vez se ha abierto un fuerte canal de agresión, otras tensiones tienden a encontrar su expresión en el mismo canal. En tal sentido, el factor acumulativo del imperialismo de finales del siglo pasado no debe ser pasado por alto...⁶. Este párrafo constituye una muestra típica de grandes declaraciones que no se comprometen específicamente en nada. No se pierde nada afirmándolas y se arriesga mucho negándolas.

En todo caso, bien puede interpretarse la situación mundial en el siglo relativamente pacífico que va de las guerras napoleónicas a la Primera Guerra Mundial, como si mientras hubiera algo que repartir en el mundo; las grandes potencias evitaron la gran explosión, por lo que la acción colonial/imperial, en apariencia fenómeno de confrontación y de algún que otro choque, se comportó en realidad como una verdadera válvula de seguridad por donde se escapaban las energías agresivas de las potencias. Empíricamente se demuestra que ni siquiera pasó lo peor en ese período de la «paz armada»; es más, contribuyó a forjar las grandes alianzas en el tablero europeo de quienes parecían enemigos irreconciliables en Africa y Asia. Ni siquiera lo más llamativo es directamente colonial. Turquía se fue acercando a Alemania cuando percibió el acercamiento anglo-ruso, es decir, que se hacía tabla rasa de la vieja enemistad que había garantizado la supervivencia turca a lo largo de la secular «cuestión de Oriente».

Llegado el momento se vio que fue la fuerza la que creó los Imperios coloniales, no los Imperios coloniales los que proporcionaron la fuerza. Porque llegada la gran hora quedó palpablemente demostrado que para contener a la Alemania forjada por el Canciller de Hierro tuvieron que coaligarse todos los Imperios y no Imperios del mundo, descontando la mala compañía del Imperio austro-húngaro y el dinosaurio Imperio otomano, dos reliquias históricas aliadas por la *force des choses* con la potencia más dinámica y patosa a un tiempo.

Entre 1870 y 1905 se produce un verdadero auge del poderío internacional y un cambio revolucionario en el equilibrio de poder, primero europeo, luego mundial, sólo contrastable en toda su magnitud

⁶ NORTHEDGE, F. S., y GRIEVE, M. J.: *A Hundred Years of International Relations*, Londres, 1974, pág. 65.

en la última fase de la Primera Guerra Mundial, en 1917-18. Si Bismarck había catapultado a Alemania a ser la primera potencia militar, la unificación italiana, hecha a base de cortedades, insuficiencias, oportunismos y giros, creyó que también la convalidaba para el club de las grandes potencias, pero nunca pasó de ser un gran equívoco con mucha voluntad. Luego USA y Japón desbordaron decisivamente por lejanos flancos lo que parecía un crónico monopolio del poder mundial basado en el mapa de Europa. Se necesitarían dos guerras mundiales, comenzadas en Europa, como de costumbre, para evidenciar retrospectivamente que se trataba de guerras civiles europeas a beneficio de terceros.

En el breve período que va de 1870 a 1914, la riqueza, y con ella, el poder, se multiplicó por doquier, pero también desigualmente. Podría decirse que Europa se vio reformulada con el impacto de la vertiginosa revolución industrial, sólo comparable con el desarrollo simultáneo de Estados Unidos de América.

Los cambios no sólo fueron cuantitativos, sino, sobre todo, cualitativos. Es en la década del ochenta cuando aparecen importantes y sofisticados cambios técnicos: la pólvora sin humo (que mejora la visibilidad de los tiradores), la ametralladora de verdad (de un solo cañón), la turbina Parsons (que ahorra carbón y permite trasladarse a mayor distancia con menos combustible y menor tripulación); también la artillería accede al disparo rápido y una mejora en la recarga en tiempo y simplificación. Ello coadyuva a reemplazar armamentos antes más perdurables. Es la «paz armada» manifestada por la carrera de armamentos, a su vez posibilitada por el incremento de la riqueza. Pero lo que también ocurrió más o menos simultáneamente fue un cambio de las mentalidades, las ideologías y las prioridades. Combinados ambos aspectos —el técnico-económico-militar y el moral-espiritual-psicológico— presionaron y actuaron para conseguir en cuestión de lustros lo que no había ocurrido en siglos: el control total del mundo por unas contadas potencias, especialmente europeas.

* * *

Si hubiera que optar por un único factor desencadenante del reparto de Africa y no combinar e interpretar los diversos factores que lo provocaron, probablemente habría que decidirse por la situación egipcia en 1881-82. Al fin y al cabo, si el hecho más llamativo y provocador de la Conferencia de Berlín fue la acción de una llamada Asociación Internacional Africana formada años antes y que desembocaría en

la creación del Estado Libre del Congo⁷, ahora todo se condensa, se refunde e interacciona y entra en ebullición.

Al decir de un historiador, fue de esta forma como «Africa pasó a estar repartida y se produjeron 'Imperios de baratillo reunidos a toda prisa'; un proceso posteriormente deplorado (...). Pero hasta finales de la década de 1890 no fueron sistematizados en intereses económico-militares los imperialismos rivales»⁸.

El significado africano de la Conferencia de Berlín se da en un contexto y momento precisos, mas lo que le precede y le sigue es un proceso continuo que se va adaptando a situaciones que se dan fuera de Africa y se acoplan en ocasiones a los desarrollos dentro de ésta. Así, Jules Ferry, Primer Ministro de Francia, cayó por una derrota del ejército francés a manos chinas; Indochina, más que Egipto, centraba entonces el interés galo. Pero con Ferry se iba la esperanza alemana de involucrar a Francia contra Inglaterra por cuestiones coloniales. El mismo día de su caída —30 de marzo de 1885— los rusos infligieron una derrota a los afganos en Pendjeb, en un empujón más hacia el Indico. De tal relevancia fue la crisis subsiguiente, que Inglaterra se dispuso a la guerra. La expedición destinada a rescatar al general Gordon en el Alto Nilo (copado por la rebelión integrista de El Mahdi, cuando precisamente acudía a liberar las guarniciones egipcias y evacuar Sudán) fue retirada (y Gordon, muerto, no sería vengado hasta trece años después); en la India fueron movilizadas fuerzas y el Primer Ministro británico hizo votar créditos de guerra por once millones de libras esterlinas. Las cosas no pasaron a más porque los turcos, apoyados por las potencias europeas, no quisieron abrir los estrechos a la flota británica y los rusos decidieron por su cuenta no seguir adelante, fijándose los principios de la línea ruso-afgana el 10 de octubre de 1885.

Veamos cómo se apreciaba pocos lustros después la transición de Alemania hacia una política colonial, cuando se aceptó cierta cooperación con Inglaterra, años más tarde designada como «maridaje colonial», y que también estaba destinada a sufrir perturbaciones. La expresa un historiador alemán de la época: «Las relaciones internacionales del momento fueron las que favorecieron la política de Alemania, y Bismarck supo aprovecharlas con consumada habilidad para conseguir su objeto. Inglaterra, a consecuencia de su nueva norma de conducta en Egipto, había reñido con Francia y se hallaba necesitada de la buena amistad de la Triple Alianza, y como si eso fuese poco, hallábase seria-

⁷ Cfr. MESTRE VIVES, Tomás: *La Conferencia de Berlín: El reparto de Africa*, en «Mundo Negro», 275, marzo-abril 1985, págs. 20-25.

⁸ STONE: *Ob. cit.*, pág. 71.

mente comprometida con Rusia en el Afganistán, de suerte que tenía ambas manos ocupadas. Bismarck, por otra parte, acababa de reunir la Conferencia del Congo, en colaboración con Francia, reduciendo por este medio al silencio al único adversario de Alemania en las cuestiones extraeuropeas»⁹.

Teniendo en cuenta cómo actualmente suele escribirse la Historia, este preciso dictamen para un período tan breve puede pasar por abusivo o inexacto. La costumbre de coger cada carril histórico *per se*, en lugar de integrarlos e interrelacionarlos con otros carriles, no siempre tiene que deplorarse. Hay líneas lo suficientemente autónomas para que no se vean ni supeditadas ni disminuidas por otras aparentemente más constantes y, por ende, decisivas. Remontarnos por encima de los simples acontecimientos y darles una visión más amplia y duradera puede reflejar la tendencia a largo plazo de la Historia, pero a veces, por hacer caso a esto y no a cosas más rudimentarias y pertinentes, que se presentan *aquí y ahora*, puede llevarnos a un tonto accidente que suponga una muerte colectiva, como es la guerra, o a un giro radical de un sistema de relaciones internacionales. Las ramplonerías y los tics, las bajas pasiones y las ignorancias supinas cuentan en ocasiones tanto, si no más que las elucubraciones y saber hacer de los grandes maestros y pensadores y los estadistas reconocidos. Para comprender adecuadamente la Historia —o determinados acontecimientos históricos— conviene tomar diversos ángulos de observación y distintas altitudes de contemplación, y en ello va incluido el discurrir cotidiano a ras de suelo.

Los historiadores se las ven y se las desean para establecer un claro hilo argumental para el fenómeno colonial de finales del siglo XIX. Y es porque tal hilo es inexistente; lo que existe es un enredo de hilos en unas circunstancias rápidamente cambiantes en las propias metrópolis, sin aguardar siquiera a una renovación generacional. El raudo aumento del poderío y el cambio de mentalidades posibilitó arramblar en un santiamén decenas de millones de kilómetros cuadrados y centenares de millones de habitantes. Es como si de un monte copiosamente nevado se fueran desprendiendo pequeñas cantidades del blanco elemento sin mayores consecuencias, hasta que de pronto las recrecidas bolas de nieve y menudos desprendimientos terminan en un alud generalizado. ¿Por qué no ocurrió antes, por qué no ocurrió más tarde o por qué simplemente ocurrió?

* * *

⁹ UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE: *Historia del mundo en la Edad Moderna*, tomo XI: *La Edad Contemporánea (hasta 1914)*, Barcelona, 1955, 2.^a ed., página 157.

Al imperialismo de fines del pasado siglo se lo precedió de la palabra «nuevo», en parte por razones meramente accidentales. Puesto que a muchos historiadores coetáneos les dio por hablar de la «Nueva Europa», el mecanismo trascendió por mera inercia al «nuevo imperialismo», como si «nuevo» fuera sinónimo de «diferente», por lo que entonces podía deducirse que había una discontinuidad en el imperialismo. No obstante, el imperialismo seguía siendo imperialismo; «sólo el método se había alterado bajo la tensión de la competencia europea». Los nuevos elementos y desarrollos técnicos proporcionaron unas facilidades antaño desconocidas. Tratar de comprender por qué el imperialismo informal derivó en colonialismo (imperialismo formal) es uno de los aspectos más importantes del «nuevo imperialismo». El creciente poder de los Estados constituye un requisito básico a esta comprensión, que terminó por convertir a muchos hombres públicos y a la propia opinión pública, poco antes fríos, si no enemigos ante el hecho colonial, en fervorosos defensores y justificadores ¹⁰.

Un acendrado historiador económico marxista se hace eco de las críticas a la interpretación marxista del imperialismo (aunque caben varias interpretaciones marxistas) y llega a enmendar la página al mismísimo Lenin (cosa que en este sector específico del gremio pocos se atreven a hacer). Se autoformula unas preguntas concretas: «¿Qué objeto tenía asegurarse la India, que Francia controlase Argelia (se confunde con Túnez), el «manifiesto destino» de Estados Unidos en el hemisferio occidental, si todo ello no proporcionaba mercados para bienes, ni fuentes de materias primas u oportunidades de inversión en condiciones privilegiadas?» ¹¹.

Con independencia de que aquí se considera incluso el imperialismo no colonialista, el autor nos presenta unos magníficos platos. Pero nos quedamos sin saber por qué se empeñaban los italianos en el pedregal eritreo o el arenal libio, o los alemanes se desperdiciaban por el lúgubre sudoeste africano, Nueva Guinea o la medio desolada Tanganika. O por qué el retrasado Brasil se empeñaba en acumular y acumular territorios a costa de sus vecinos sin saber qué hacer con los propios, o chilenos y argentinos ponían pie en la Antártida cuando sus propios países dependían de capitales extranjeros y hasta de inmigrantes... A Alemania su Imperio le costó anualmente centenares y centenares de millones de marcos, pero realizó menos intercambios con él a lo largo de su historia que sólo con Francia sólo en 1913... Naturalmente, eso no la hizo desistir, sino sólo preguntarse por qué no tenía

¹⁰ NORTHEDGE: *Ob. cit.*, págs. 46-49.

¹¹ BROWN, Michel Barrat: *La teoría económica del imperialismo*, Madrid, 1975, página 197.

las colonias adecuadas. España, para no ir más lejos, se decidió por roer el Rif a un precio prohibitivo y solearse en el Sahara, pero no por ello desistió. Los marxistas están encandilados con los «beneficios» económicos; es una lástima que no se interesasen también por los costos. Al fin y al cabo, también forma parte del cosmos económico. Cuando una teoría se pone en marcha tiene que abarcar toda la fenomenología que entre en el diagnóstico, no sacar a relucir lo que conviene y aparcar debajo de la alfombra lo que incordia. ¿Y por qué los suecos y los daneses no saltaron al ruedo si hasta un empresario-rey de un pequeño país neutral lo hacía? ¿Quedaron subdesarrollados con su abstinencia? ¿O se superdesarrolló Portugal con su atracón? ¹².

El tema ha sido tan debatido y explorado como rebelde es a la fijación de una teoría global que lo enmarque. El historiador Duroselle, tras una exposición de ejemplos históricos concretos sobre la materia aquí tratada, se decanta por la admisión de que lo «político» (que se une a la voluntad de poder) es de distinta naturaleza que lo «económico» (o sea, voluntad de riqueza). Llegando, a través del razonamiento teórico, a la autonomía de lo «político», se hace conveniente regresar a la observación concreta de los hechos. Estos deben ser interpretados, ya que en estado natural carecen de valor alguno. Ahora bien, proceder así en el sentido de la exclusiva motivación económica le parece difícil verdaderamente, y así opinan la gran mayoría de los historiadores especialistas.

Duroselle hace suyas las palabras de William Langer (1962): «Sin olvidar la interpretación económica del imperialismo, diría con gusto que recientes estudios de casos particulares refuerzan la proposición según la cual los intereses de los medios financieros fueron mucho menos importantes que las consideraciones de poderío nacional y de prestigio, por no decir nada sobre la seguridad» ¹³.

Probablemente ningún país, y menos una gran potencia, ha mostrado con mayor vocación y persistencia las causas estratégica, mística, milenarista, mesiánica y de afán de dominio —es decir, resortes extraeconómicos cuando no antieconómicos— que la Rusia de todos los tiempos, o sea, antes y después de Lenin. La vieja aventura afgana ha sido, finalmente, reanudada, como lo fuera la polaca después de la Segunda Guerra Mundial. Pero si el método del capitalismo imperialista se le considera apto para tantas explicaciones, habría que esfor-

¹² Aparte otros libros que se van citando, a efectos de discusión, cfr. OWEN, Roger, y SUTCLIFFE, Bob (comp.): *Studies in the Theory of Imperialism*, Londres, 1970. Alberga una amplia referencia bibliográfica. Cfr., igualmente, FIELDHOUSE, D. K. (comp.): *The Theory of Capitalist Imperialism*, Londres, 1967.

¹³ DUROSELLE, Jean-Baptiste: *Europa de 1815 a nuestros días: Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, 1975, 4.^a ed., págs. 223-224.

zarse en aplicárselo a la Unión Soviética, y si no es válido para ella, entonces se ratifica en el país marxista por excelencia que los esquemas marxistas no se aplican para su política exterior. Su militarismo ilimitado sólo se financia a costa de su propio pueblo. Una vez más, la política de poder gravita como el pesado manto de púrpura. Y si el actual imperialismo ruso puede ser susceptible de defensa alegando autoprotección y/o liberación de los pueblos, entonces no estamos tan lejos del razonamiento de los imperialismos decimonónicos alegando autodefensa y/o misión civilizadora, cuando no la «carga del hombre blanco». Que las viejas pautas siguen tan vigentes como nunca, lo puede demostrar la actitud del actual Imperio chino rojo ante el igualmente rojo Imperio soviético. Ni siquiera para su confrontación se siguen aduciendo mínimamente razones de ortodoxia ideológica, como se acudió al principio a efectos de camuflaje.

El papel del imperialismo financiero ha sido estudiado por un célebre historiador de las relaciones internacionales, llegando a la conclusión de que la investigación histórica puede llegar a resultados válidos si renuncia a la vana esperanza de conseguir una explicación general y cuando se limite al estudio de casos particulares. Mucho queda por hacer, pero constituiría un error suponer que las investigaciones podrán llevarnos al establecimiento de «leyes»¹⁴, ese estado de gracia definitivo al que aspiran tantos oficinantes de la Historia o de las Ciencias Sociales.

El maestro Renouvin pasa revista a la política colonial de la época concernida, engarzándola en la crisis general de las potencias europeas, de las crisis internacionales, de los tomas y dadas del período a caballo de la Conferencia de Berlín: Egipto, la crisis balcánica derivada del Tratado de San Stefano, Afganistán, Siam..., y concluye que «los litigios coloniales se hallaban unidos, casi en todas partes, a las dificultades políticas europeas. No es posible comprender los unos sin estudiar las otras. Únicamente la política inglesa concedía, al menos en la mayoría de los casos, prioridad a las cuestiones coloniales. El Gobierno ruso, cuando comprometía todo su esfuerzo en el Turquestán, pensaba, sobre todo, en ejercer una presión sobre Gran Bretaña, para hacer que se tuvieran en cuenta los intereses rusos en la política balcánica; pero temía, si iba demasiado lejos, reforzar la potencia alemana. Francia evitó llevar sus litigios con Gran Bretaña hasta el punto de que Alemania sacase partido de ellos. Por lo que se refiere a Bismarck, en todas las ocasiones, ya se tratase del Congo, de la guerra franco-china, del conflicto anglo-ruso o de la vecindad anglo-alemana en Africa del Sur,

¹⁴ RENOUVIN, Pierre: *Introduction à l'histoire des relations internationales*, París, 1964, pág. 169 (escrito con Jean-Baptiste DUROSELLE).

consideró primero qué partido podría sacar de esas diferencias coloniales en beneficio de su política continental. Así, pues, la interpretación histórica debe dedicarse al estudio de esa política europea»¹⁵. Así de sencillo, pero también así de complicado. No existe una explicación lineal, o en cualquier caso no cobra pleno sentido, aislando los problemas coloniales de los específicos de la gran política europea.

* * *

Debiera quedar claro, por todo lo dicho, que no conviene confundir «nuevo imperialismo» con «imperialismo capitalista». El primero es el todo, y el segundo, la parte. Es claro que puede hablarse del «imperialismo del dólar», como de que no existe un imperialismo del rublo. Como alguien ha dicho, la Historia Universal puede concebirse como una rotación de imperialismos. Y así, el presunto imperialismo capitalista no sería sino el imperialismo de siempre por otros medios, como podría decir Clausewitz, por lo mismo que puede ser imperialista una brillante lucha anticapitalista.

Todavía en 1870, al año siguiente de la inauguración del Canal de Suez, el Gobierno de Londres rechazaba el paquete de acciones del mismo que le ofrecía el jedive de Egipto, pero lo haría no sin sinuosidad en 1875. Esto ha sido calificado por un historiador como «primer acto simbólico del nuevo imperialismo»¹⁶. Por otro lado, «la idiosincrática naturaleza del imperialismo de Leopoldo significaba que él desempeñaba un papel crucial en la transformación de las relaciones entre las diversas potencias respecto a Africa. Era esencialmente un agente libre operando detrás del camuflaje filantrópico de la Asociación Internacional del Congo, supuestamente dedicada a la sustitución de la trata de esclavos por el comercio legítimo, sin quedar supeditado a restricciones por consideraciones de la política europea de equilibrio de poder o por cualquier concepto tradicional del interés nacional. Asimismo, Leopoldo y su asociación representaban para todas las potencias competidoras una alternativa neutral a la anexión de tierra africana por algún rival. Paradójicamente, su involucramiento en los asuntos africanos aceleró la tendencia hacia el reparto político por los Estados europeos»¹⁷.

¹⁵ RENOUVIN, Pierre (dirección de): *Historia de las relaciones internacionales*, tomo II, vol. L: *El siglo XIX*, por Pierre RENOUVIN, Madrid, 1964, pág. 404.

¹⁶ BARRACLOUGH, Geoffrey: «El equilibrio europeo y el nuevo imperialismo», en MANN, Golo, y HEUSS, Alfred: *Historia Universal: El siglo XIX-2*, Madrid, 1985, pág. 790.

¹⁷ WILSON, Henry S.: *The Imperial Experience in Sub-Saharan Africa Since 1870*, Minneapolis, 1977, pág. 74.

Hoy existen buenas monografías sobre el reparto de Africa, pero el proceso en su momento fue un tanto sincopado y deshilvanado. Los precipitados conquistadores carecían del sentido de la proporción que solían tener los gobiernos. Es conveniente verlo con los ojos del momento, no con los ulteriores, mucho más racionalizadores, del proceso del reparto.

La copiosa y densa *Historia del mundo en la Edad Moderna* fue publicada por la Universidad de Cambridge en 1899-1900. El último volumen —*La Edad Contemporánea*—, reactualizado en la versión española hasta vísperas de la Primera Guerra Mundial, no tiene ningún capítulo dedicado al *scramble for Africa*. El capítulo I, de presentación, lo aborda en un epígrafe de menos de una página —«Demarcación de Africa»—, meramente descriptivo y enumerativo (quién se quedó con qué), y comienza por indicar que «casi toda Africa ha sido repartida entre las potencias europeas, merced a la delimitación de sus respectivas esferas de influencia en la Conferencia de Berlín (1884-1885) y de otros convenios más recientes». Media página más adelante recoge velas, declarando: «Vemos, pues, de esta suerte que casi toda Africa hasse convertido en una dependencia de Europa, y aun cuando la mayor parte de ella no ha sido aún colonizada, y una gran zona de su territorio es impropia para la colonización europea, la suerte de sus innumerables habitantes y de sus inmensas regiones hállase supeditada a la fuerza y expuesta a las rivalidades de las potencias europeas. El proceso de demarcación ha sido en su mayor parte iniciado y tramitado en los últimos treinta años»¹⁸. Con todo, es cierto que parte de la temática, muy apretada, más por darle poca importancia que por afán de sintetizarla, se aloja en los capítulos de las metrópolis afectadas.

En cualquier caso, hay que aguardar al capítulo XXII —«Las exploraciones modernas»—, donde menos de un tercio (nueve páginas) se dedican a Africa negra, en el más estricto sentido exploratorio de regiones ignotas, arrancándose desde finales del siglo XVIII. Aun así, al engarzarse con lo que significará el reparto colonial, se precisa: «No pertenece al objeto de este capítulo seguir los pasos de los exploradores alemanes o de otra nacionalidad dentro de las esferas de influencia asignadas a Alemania y a otras naciones en 1878 ó 1884. Entre 1878 y 1908 todo el interior de Africa, exceptuando Abisinia y Marruecos, fue anexado de una manera efectiva o virtual a las diversas naciones europeas, y la exploración se convirtió en un incidente propio del celo y diligencias desplegadas en el gobierno colonial». Se mencionan media docena de personajes, que «exploraron porque gobernaban, y goberna-

¹⁸ UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE: *Ob. cit.*, pág. 37.

ron porque exploraban, y sus trabajos pertenecen a la historia de las colonias en particular». A pesar de lo cual, aún «hubo algunas exploraciones que si bien eran nacionales por el objeto y método, se parecían a las exploraciones de otras épocas, que o no llevaban interés alguno o sirvieron de preliminares a la historia colonial»¹⁹. Lo exploratorio, por tanto, sigue siendo el hilo conductor; lo colonial se refunde, pero no dispone de desarrollo propio. Ni siquiera el tratamiento colonial inscrito en los capítulos de las respectivas potencias es minucioso. Se ve más como hechos aislados, en vez de como un todo argumental.

Tal proceder es tanto más llamativo cuanto que «la guerra ruso-japonesa» de principios de nuestro siglo dispone de un capítulo entero; sin embargo, cuando apenas seis años antes se llegaba a la dura crisis de Fashoda, apenas se cita ni se destaca. La visión general es, pues, la de una subordinación de lo que fue reparto de Africa a los esquemas de la diplomacia europea general, hasta el punto de observarse una nítida minusvaloración del fenómeno colonial, al menos en lo que a Africa negra se refiere.

Cuando medio siglo después la misma Universidad de Cambridge volvía a publicar la obra completamente nueva, en el capítulo 22 de su último tomo —el XI— incluía un amplio capítulo —«El reparto de Africa»— para el continente negro. Este había cobrado vida propia, aunque fuera como paciente de la Historia. Sus autores hacen constar que si Africa fue el último continente que atrajo el interés de las potencias coloniales, fue por considerarla menos provechosa que otras partes del mundo. Pero una cosa es que los Estados europeos pudieran someter a Africa y otra que ésta fuera la finalidad inicialmente concebida. Una vez en acción, veinte años bastaron para que los «geómetras de la diplomacia» lograran sus propósitos repartidores. Fueron no pocos los estadistas involucrados que despreciaron la maniobra como si de una farsa se tratara. «No sentían ninguna necesidad de las colonias africanas y en ello reflejaban la indiferencia que experimentaban por todo, excepto por la complicada zona de los asuntos y las políticas europeas. Porque pese a todas las tardías percepciones de los científicos sociales, lo cierto es que no existió ninguna causa ni propósito amplio detrás de este hecho. En los largos anales del imperialismo, el reparto de Africa constituyó un caso extraño. Pocos acontecimientos que han lanzado todo un continente a una revolución han sido producidos de un modo tan causal.» Lo que empezó siendo Imperios de papel, derivó en colonias y en un desarrollo no previsto a la hora de la ocupación. Es más, los gobiernos se vieron compelidos a encabezarlo. «Los hombres de negocios no sentían aún deseos de embarcarse en

¹⁹ *Ibidem*, págs. 734-735.

las empresas africanas, y así la mayoría del capital y de los servicios técnicos tuvieron que ser extraídos del sector público. De este modo, las maniobras y los errores del reparto tuvieron que ser interpretados como justificaciones del imperialismo africano. Pero el misterio de este imperialismo reside en sus efectos. No fueron los negociantes, ni los misioneros, ni los colonialistas, los que provocaron el reparto de Africa, sino un equipo de diplomáticos que consideraban al continente nada más que en función de sus propios intereses fuera de él. Sólo al final del proceso llegaron los negociantes, cuando Europa tuvo que pagar las costas de haber considerado a Africa como si se tratara de un territorio deshabitado. El imperialismo no fue la causa del reparto, fue su resultado»²⁰.

Al auge del poder de los Estados se sumó la transformación abrupta de las opiniones públicas de los países afectados, que de reticentes y remolones ante el hecho colonial pasaron a ser incitantes y activistas, en una suerte de éxtasis nacionalista ilusionada ante mapas desconocidos que iban tiñéndose del color nacional. De hecho, puede decirse que los papeles se invertían. De haber prevalecido la opinión pública de Francia e Inglaterra y no sus gobiernos, ambos países habrían ido a la guerra en 1898 por la cuestión del Alto Nilo, lo que habría cumplimentado los viejos anhelos de Bismarck.

Fue éste quien, inteligentemente, había dicho: «Mi mapa de Africa está en Europa. Aquí está Rusia y aquí está Francia, y nosotros estamos en medio. Ese es mi mapa de Africa». Su colega francés, Ferry, lo había advertido: «La manifiesta tendencia de Bismarck es empujarnos hacia delante, prometiendo seguirnos; nuestra política es esperar y no dar ningún paso sin el apoyo de Europa» (6 octubre 1884); fue el propio canciller germano quien llegó a decir al embajador francés su deseo de que Francia olvidase Sedán, como después de 1815 se olvidó de Waterloo. Pero con la desaparición de Napoleón, Francia no perdió territorio metropolitano, a diferencia de lo que le ocurrió con su derrota a manos de Prusia.

Se ha acusado que el reparto de Africa no tuvo en cuenta las etnias ni los Estados africanos que pudiera haber. Eso es obvio, pero la propia Europa, que no iba a ponerse en situación colonial al estilo de los territorios extraeuropeos, vio recomponer drásticamente su mapa político en el Congreso de Viena en 1814-15, operándose exclusivamente

²⁰ UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE: *Historia del mundo moderno*, tomo XI: *El progreso material y los problemas mundiales, 1870-1898*, Barcelona, 1973, páginas 431-432 y 447. En parecidas líneas desarrollé ese tema con motivo del centenario de la Conferencia de Berlín. Cfr. MESTRE VIVES: *Ob. cit.*

con los criterios de legitimidad y, sobre todo, equilibrio de poder. Había, pues, claro y cercano precedente.

Bismarck, en principio, era opuesto a las colonias, diciendo que para Alemania adquirirlas «sería como un noble polaco destrozado por la pobreza proveerse de sedas y sables cuando necesitaba camisas». Pero terminaría por entrar en la liza colonial de prisa y corriendo, lo que hace preguntarse a los historiadores si ello se debió a un cambio de pensamiento o a razones básicamente no africanas (ganar unas elecciones en Alemania, por ejemplo), o fue un mero subproducto de su diplomacia europea²¹. Algunos de estos y otros argumentos podrían reforzarse mutuamente. Sin desdeñar que a veces se hacen las cosas porque sí.

En Francia había resistencias contra el hecho colonial. El poeta Rimbaud, en *Iluminaciones*, estallaba: «Alimentaremos la más cínica prostitución. Sacrificaremos las revueltas lógicas. ¡A los países licenciosos y sin temple! Al servicio de las monstruosas explotaciones industriales o militares». En un sentido nada idealista, sino pragmático, Guy de Maupassant alegaba: «Si yo fuera el gobierno, bien sé lo que haría. Pondría en una valija todas nuestras colonias: el Senegal, Gabón, Túnez, la Guayana, Guadalupe, Conchinchina, el Congo, Tonkín y el resto, e iría a ver a M. de Bismarck y le diría: 'Señor, usted busca colonias, he aquí un *stock*, un montón, un completo surtido. Las hay de todos los matices. Están habitadas por árabes, por negros, por indios, por chinos, por annamitas, etc. Le pido por cada una un kilómetro de Alsacia y un kilómetro de Lorena'. Y si el canciller aceptase, yo haría un buen negocio». El historiador monárquico Jacques Bainville daba, con fino diagnóstico, preferencia a Europa sobre ultramar. La carga de las colonias entorpece la política de su país, cuyos problemas radican en otra parte. Lo dice cuando el Imperio es un hecho: «Francia se ha creado un enorme Imperio colonial sin necesidad». «Las naciones como Francia, que han de defender sus fronteras contra un poderoso vecino..., ¿pueden encima conservar un inmenso Imperio colonial.» Tales textos, escritos antes de la Primera Guerra Mundial e incluso de la Segunda Guerra Mundial, revelan cómo se comprende las colonias: no como fuente de poder, sino de disipación del mismo poder²².

En 1892, el cauto lord Salisbury hacía constar su escepticismo por escrito al representante británico en Egipto: «Yo no estaría demasiado impresionado por lo que los soldados le dicen acerca de la importancia estratégica de estas plazas (...). Si se les permitiera plena oportunidad insistirían en la importancia de guarnecer la luna a fin de protegernos

²¹ WILSON: *Ob. cit.*, pág. 66.

²² SÉDILLOT: *Ob. cit.*, págs. 415 y 416.

de Marte». La celebración de las bodas de diamante de la reina Victoria en 1897 fue un delirio. La fabiana Beatrice Webb, menos complaciente, sentenciaba: «Imperialismo cortándose en el aire..., todas las clases beben con el panorama contemplado y con lealtad histérica». No tardaría en llegar la penosa guerra de los boers. Comentándola retrospectivamente, E. Grey, secretario del Exterior, escribía al presidente T. Roosevelt: «Antes de la guerra boer estábamos deseosos de lucha. Estábamos listos para luchar contra Francia por Siam, contra Alemania por el telegrama Kruger y contra Rusia por cualquier cosa. Cualquier gobierno aquí, durante los últimos diez años del pasado siglo, pudo haber tenido guerra levantando un dedo. El pueblo habría gritado de júbilo por ello. Tenía ansia de excitación y sangre afluyéndole a la cabeza. Ahora esta generación ha tenido bastante excitación y ha perdido un poco de sangre, y está sana y normal»²³. Evidentemente, los boers no eran un duplicado de las tribus negras con flechas, lanzas y escudos.

* * *

A riesgo de reiterar argumentos ya utilizados, he juzgado conveniente desplegar un muestrario de apreciaciones de lo que fue o no el motor del colonialismo y del imperialismo a finales del siglo pasado, según especialistas o tratadistas del caso.

Un texto sobre el reparto de Africa hecho de un acopio de inteligentes contribuciones de diversos autores toca todas las teclas posibles con objeto de conseguir una interpretación adecuada de la cuestión. La obra, subtitulada *Ilusión o necesidad*, encierra los criterios más distintos e incluso opuestos entre sí. El compilador extrae conclusiones a las más de dos docenas de trabajos. Subraya que muchos tratadistas intentan suministrar una interpretación global para el reparto de Africa, pero que vistos los resultados lo considera del todo inaplicable. El problema, cual suplicio de Tántalo para quien se acerque al tema, sigue abierto, es decir, hay que dar un significado a las acciones de los soldados y colonos en Africa y a los estadistas y diplomáticos en Europa. En esta búsqueda, muchas conclusiones han sido simplistas, monocausales, y no resisten la confrontación con las pruebas. Cada una de las explicaciones —nacionalismo, economía, impulsos psicológicos, estrategia...— tiene un valor intrínseco y puede incluso impactar profundamente, pero no agota por completo la exigencia de las pruebas. Tomar causa por consecuencia es habitual. Las complejidades del tema desafían una interpretación general, omnicomprendensiva. «La gran diver-

²³ JOLL, James: *Europe Since 1870: An International History*, Harmondworth (Inglaterra), 1976, págs. 83-85.

sidad de Africa y sus pueblos, por un lado, y los intereses y motivos inextricables de las potencias europeas, por otro, excluye cualquier explicación generalizadora de una teoría total hacia el continente como un todo. A la larga, una comprensión más significativa y segura del reparto se encontrará examinando la rebatía en las dispares regiones de Africa donde los límites de la percepción humana puede más fácilmente circunvalar las complejidades de la motivación humana»²⁴.

Dándole vueltas a la complejidad que presuponen los numerosos resortes que conforman el «nuevo imperialismo», unos autores ya citados indican: «La búsqueda de un común denominador en el imperialismo de finales del siglo XIX parece, por tanto, una empresa sin salida. Los diversos estratos de la sociedad tenían sus propias razones para la involucración emocional e intelectual en el imperialismo, y estrategia aparte, los líderes individuales exhiben diferentes modelos de razón en relación a ello. Los factores unificadores en el imperialismo fueron la general confianza europea inspirada por el crecimiento económico y la intensificación de la competencia ordinaria de los Estados-nación por transferencia al área extraeuropea, donde los controles y equilibrios normales sobre agresión no existían. Resultó fácil utilizar el escape económico para tratar de interesar a los hombres de negocios y a la clase trabajadora en el imperialismo. Pero el beneficio económico y financiero de mucho del territorio tomado a finales del siglo XIX fue bajo comparado con las expectativas y los beneficios realizados con la exportación de bienes y capital al sector del mundo desarrollado. También debemos recordar que el margen tecnológico entre Europa y, digamos, Africa era inmenso y la consecuente fácil conquista significó que un pequeño motivo recorrió un largo camino, o para plantearlo diferentemente, no tendríamos que olvidar el comentario de Max Weber de que es lo militar más que la organización económica lo que hace la historia»²⁵.

A otro historiador no le resulta fácil explicar la repentina explosión de colonizaciones desde comienzos de los 1880; cree que las teorías del determinismo económico sirven de poca ayuda para tal momento (a diferencia de los últimos años de la década siguiente): «Las colonias que se establecieron en ese período no compensaron los gastos realizados, recibieron poca inversión y no fueron atractivas para los inmigrantes. No existió demasiada demanda popular en relación con las mismas, y el entusiasta colonialista francés Jules Ferry observaba

²⁴ COLLINS, Robert O. (comp.): *The Partition of Africa: Illusion or Necessity*, Nueva York, 1969, págs. 231-234.

²⁵ NORTHEGE y GRIEVE: *Ob. cit.*, pág. 69.

que a los franceses lo único que les interesaba de su nuevo Imperio era la danza del vientre»²⁶.

Otro historiador también se hace eco de esa especie de década prodigiosa que fueron los años ochenta, en que «se inicia una transformación profunda en las relaciones entre las potencias europeas. La fiebre del imperialismo se adueña de los gabinetes europeos progresivamente y sin que se den apenas cuenta los propios políticos. A pesar del conservadurismo de la diplomacia de todos los Estados europeos, que consideraba el clamor popular por colonias y nuevos mercados en ultramar, en general, como una desagradable intromisión en las sagradas tradiciones del arte diplomático, fueron atrayendo cada vez más el interés público los problemas coloniales y los problemas de la 'Weltpolitik', para utilizar el término que empezaba a ponerse de moda en Alemania, mientras que los grandes problemas de la política europea pasaban a un segundo plano, sin perder por ello su peso y su importancia»²⁷.

Dándole vueltas a lo mismo, un historiador más lo expresa así: «La expansión colonial fue, por tanto, producto de dos fuerzas claves: el impacto de la Europa industrial y la potencia de los grupos locales europeos. Algunas veces era Europa la que tenía necesidad de una colonia, pero lo más frecuente es que se apoderara de ella a falta de mejor alternativa. En 1882, los nuevos Imperios, reflejando sus orígenes, estaban constituidos por colonias que sus poseedores no habían deseado y que resultaban inútiles para los fines de una política imperial. Los repartos de los treinta años siguientes no hicieron más que llevar a sus últimas consecuencias estas características particulares»²⁸.

Un gran estudioso de la cuestión colonial contrasta el rápido giro que en la mentalidad popular y la oficial se ha dado, y cita a un Disraeli a mitad del siglo XIX, que hablaba de las «miserables colonias» británicas como «piedras de molino atadas a nuestro cuello». En la Cámara de los Comunes se llegaba a pedir el abandono de los territorios del África Occidental, pero diez años después, en 1875, un ministro británico preguntaba que: «¿Quién habla ahora de abandonar las colonias? No hay cosa más popular que la idea de conservar el Imperio colonial». Tanto contraste en tan breve lapso de tiempo delata la importancia del cambio de mentalidad. Prestigio y honor, razones económicas, impulsos y sentimientos, en fin, lo tangible y lo intangible penetran por doquier como «elemento irracional difícil de explicar». El

²⁶ STONE: *Ob. cit.*, pág. 70.

²⁷ MOMMSEN, Wolfgang J.: *La época del imperialismo: Europa 1885-1918*, Madrid, 1984, 11.ª ed., pág. 137.

²⁸ FIELDHOUSE, David K.: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Madrid, 1984, pág. 129.

gran imperialista que fue Cecil Rhodes, cínicamente, entendía esa fuerza impulsora como «filantropía más el uno por ciento». Era el momento del rápido despliegue de la prensa y las telecomunicaciones, que hacían las noticias instantáneas y que las pasiones se encandilasen. El nacionalismo se abrazaba con el imperialismo. Todos, a su manera, querían «un lugar en el sol».

El autor pasa a subrayar de inmediato el factor económico, siquiera problemáticamente comprendido: «Es imposible precisar hasta qué punto estos impulsos auténticamente primitivos fueron expresión de la nueva situación económica. Pero los factores económicos fueron, sin duda, decisivos en muchos fenómenos relacionados con el nuevo imperialismo». (En efecto, esto no lo puede discutir nadie; la cuestión está en precisar cuándo, dónde y cuánto.) El mismo autor, entre apabullado y quién sabe si extraviado, agrega tan sólo tres páginas más adelante: «Sin embargo, a pesar de la fuerte presión económica, las razones políticas fueron decisivas en los planes del imperialismo»²⁹.

Unos suelen terminar por ahí; otros suelen empezar por el mismo sitio evitando dejarse impresionar por la búsqueda de la racionalidad surgida de una ideología que se quiere cosmogónica, pero que, sobre todo a manos de epígonos, adolece de unidimensionalidad. Una ideología debe servir de espuela, no de cilicio. Es mejor correr el riesgo de equivocarse y pecar que ser prisionero de una ortodoxia esclerótica (por lo demás también oscilante). En cualquier caso, no deberían caer en el olvido las palabras de un maestro: «Sería inútil tratar de establecer una jerarquía en la infinita variedad de móviles que orientan las acciones humanas. El estudio de las relaciones internacionales no se propone establecer leyes históricas ni dictar lecciones. Se limita a tratar de comprender el juego complejo de las causas que han originado las grandes transformaciones del mundo»³⁰.

R É S U M É

Dans le présent article on analysera l'Europe non seulement lors de la Conférence de Berlin, mais aussi sur tous les aspects de ce qu'on a commencé à appeler à ce moment-là le «néo-impérialisme». Avec la montée de l'Allemagne de Bismarck à l'échelle de la première puissance militaire, l'Europe commencera à forger, petit à petit, tout un système d'ententes et de contrententes, aboutissant à ce qu'on connaît sous le nom de «paix armée». Toutefois, et d'une façon complètement autonome, les problèmes coloniaux vont s'accroître et prendre tout d'un coup un grand essor, et parfois même une allure vertigineuse. Dans ce contexte, le «partage de l'Afrique», provoqué apparemment par l'action d'une non-puissance, d'une entité privée ayant un roi à sa tête, aura lieu et il s'ajoutera à cette tension de plus en

²⁹ BARRACLOUGH: *Ob. cit.*, págs. 787 y 790.

³⁰ RENOUVIN: *Ob. cit.*, pág. 324.

plus croissante. La Méditerranée (Suez, Tunis, l'Égypte, etc.), les Balkanes, l'Inde avec ses voies d'accès menacées et ses communications réduites vont obséder les Britanniques, qui se verront systématiquement confrontés avec la pression exercée ou les avances territorielles des Russes.

Le rapport dialectique métropole/colonies ne sort pas d'un seul ressort et il n'acquiesce surtout pas un sens unique. Les paramètres économiques et techniques de l'époque augmentent avec une vitesse inouïe tout en approfondissant de plus en plus la corrélation des forces entre le monde expansionniste et le monde à coloniser, ce qui facilite d'ailleurs l'entreprise, et la rend moins chère. Les mentalités et l'opinion publique changent avec une vitesse pareille. Si autrefois elles se montraient réticentes ou contraires à l'entreprise coloniale, maintenant, par contre, elles vont l'appuyer tout en mariant le nationalisme avec l'impérialisme. Les motivations sont variées; c'est-à-dire, elles sont de nature économique et extra-économique, un mélange des deux et ayant des résultats souvent clairement antiéconomiques. Mais, les décisions à prendre sont toujours des décisions politiques, même si l'on essaye de les rationaliser en termes économiques. Outre cela, il y a lieu d'ajouter les investissements de capitaux à l'étranger.

Des États qui deviendraient alliés pendant la I^{ère} Guerre Mondiale à l'époque coloniale se montraient irréconciliables, ce qui démontre irréfutablement la diversification d'énergies qu'a voulu dire l'aventure coloniale qui, malgré ses apparences hasardeuses, n'avait pas perdu de vue la réalité de l'équilibre du pouvoir enracinée au sein de l'Europe. Et quand la guerre a éclaté, les colonies n'avaient rien à voir dans l'affaire. Mais le développement de la guerre a montré que la puissance et le pouvoir étaient axés sur les métropoles, et non en dehors d'elles, ce qui a ratifié après sa mort les mots de Bismarck, «Ma carte de l'Afrique est en Europe. De ce côté-ci la Russie, de l'autre la France, et nous, nous sommes au milieu. Voilà ma carte de l'Afrique».

SUMMARY

In this article, we examine Europe not only at the precise moment of the Berlin Conference but also in terms of what then began to be known as «new imperialism» or «neocolonialism». Bismarck's Germany having become the foremost military power, Europe starts to frame little by little a system of alliances and anti-alliances giving rise to «armed peace». On the other hand, and autonomously, colonial problems resurge to the fore and/or suddenly explode, sometimes leading to the most precarious of projections. Within this context, the «partition of Africa» takes place, apparently provoked by the actions of a non-power, by a private company governed by a king, and so adds to the increasing tensions. The Mediterranean (Suez, Tunisia, Egypt), the Balkans, India with her accesses menaced and reduced communications, obsess the British who now and again come up against Russian pressures and advances.

The dialectic relationship metropolis-colonies arises not because of just one single set of motives nor does it take up just one direction. Economic and technical parameters of the time acquire previously unknown magnitudes and deepen even more the correlation of forces between the expansionist world and that being colonised. This eases and cheapens the undertaking, mentalities and public opinion change at the same rate. If before these had been against or reticent to colonial enterprises, now they lean over backwards to fuse nationalism once again with

imperialism. The motivations for this are several: both economic and extra-economic, a mixture of the two, and more often than not with anti-economic results. But the decisions to be taken are always political ones although they be treated in economic terms. Apart from this, we can add capital investments abroad.

States which later become allies during the I World War were unreconcilable during the colonial period proving irrefutably that the colonial adventure, despite occasional appearances of doing so, never lost sight of the real balance of power rooted in Europe itself. When war broke out, the colonies had nothing to do with it. And the development of the war showed that the power was in the metropolis and not outside of it, ratifying thus, posthumously, the Iron Chancellor's dictum: «My map of Africa is in Europe. Here is Russia and here is France and we are in the middle. This is my map of Africa».

